



HISTORIA GENERAL

DE FRANCIA

POB

D. VICENTE ORTIZ DE LA PUEBLA.

Entregas 290 y 291.

BARCELONA:

IMPRESA Y LIBRERIA RELIGIOSA Y CIENTIFICA DEL HEREDERO DE D. PABLO RIERA,

CALLE DE ROBADOR NÚM. 24 Y 26.

1875.

Véase el anuncio del dorso.

18.453  
Ley 18/19

L47  
1793



DE FRANCIA  
HISTORIA GENERAL

1875  
1875

por

D. VICENTE ORTIZ DE LA PUERBA.

Enfegaz 230 y 231

BARCELONA:

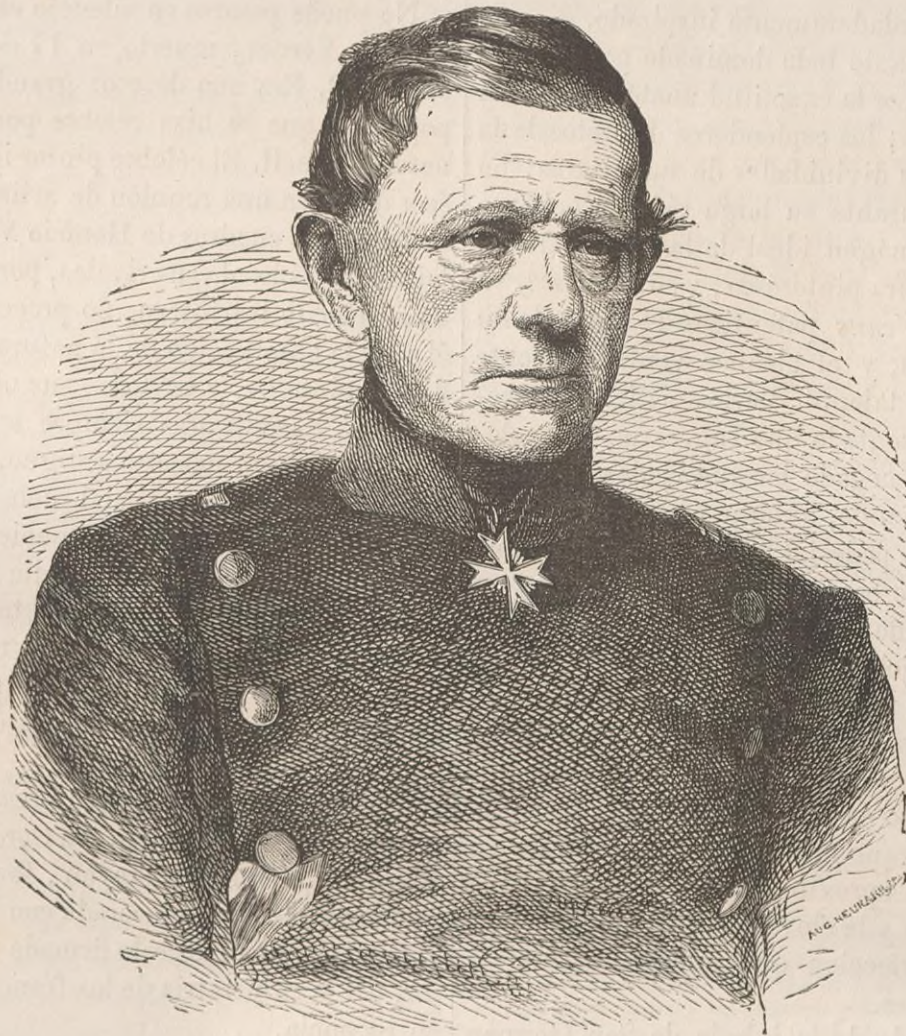
IMPRESA Y LIBRERIA RELIGIOSA Y CIENTIFICA DEL HEREDERO DE D. PABLO RIERA  
CALLE DE ROSARIO 24 Y 26

1875.

Véase el anuncio del dorso.

No puede, pues, dudarse que la literatura ha hecho durante esos años de cierta prosperidad grandes esfuerzos para elevarse al nivel de otros siglos florecientes. Sin embargo, todavía no han emprendido los poetas ni casi los novelistas la vasta senda que les ha de abrir el paso de las ciencias, y si los poemas de la naturaleza y los estudios hechos sobre

Las bellas artes no carecen en nuestros tiempos de proteccion y fomento; pues las exposiciones frecuentes permiten á todos los talentos y aptitudes darse á conocer con mucha mas facilidad que en otras épocas donde á veces el favor se sobreponia al mérito. El pintor Ingres es, sin disputa, el mas afortunado de los modernos. Mas no deben pasarse por



MOLTKE.

sus manifestaciones han encontrado grato eco en el ánimo de los hombres de todos tiempos, justo es esperar que dentro poco las nuevas verdades arrancadas por la ciencia á la naturaleza, serán embellecidas con las galas de la poesía ó de la fantasía del escritor. Mas dejemos ese punto y demos una ojeada sobre el adelanto de las demás bellas artes.

TOMO IV.

alto los nombres de los célebres artistas Delaroche (fallecido en 1856), Decamps (en el año 1860), Delacroix (1863), Hipólito Flan-drin (1864). Este completaba á Ingres, del cual era, por así decirlo, el lado espiritualista, poético, el transformador de la idea pagana de la enseñanza del maestro en idea cristiana. Mas preocupado de la idealizacion del

pensamiento que de la de forma, mas amigo del sentido, del espíritu que de la letra, mas dominado del impulso psicológico que del sentido material, aficionado á esas vagas aspiraciones místicas de las almas religiosas que encuentran las leyes de la estética en los mas recónditos y apartados repliegues de su alma, daba á sus cuadros ese sello de poética idealización que tanto enaltece al arte cuando el genio está verdaderamente inspirado.

Ingres era ante todo dominado por el culto de la forma, por la exactitud anatómica, si así puede decirse; los esplendores discretos de la carne son las divinidades de sus altares; ha ido en pos durante su larga vida de ochenta años, de la imagen ideal de la belleza física, de la hermosura pintoresca, y su *Odalisca*, su *Fuente*, su *Venus* patentizan el ardor de su perseverancia, y el alcance verdaderamente grande de su talento. Varios críticos franceses que han sentado que Ingres no era colorista, le han negado las cualidades de dibujante, intentando, aunque en vano, hacerle bajar del alto pedestal á que la fama lo habia elevado. Pero esos críticos han padecido un error crasísimo. Ingres es un artista consumado, el mejor pintor de la escuela francesa en este siglo, no porque haya conseguido trasladar al lienzo la idealización perfecta de la forma humana, sino porque ha logrado encontrar lo que en el arte se llama lo bello absoluto, y porque mas que ningun otro de su nacion se ha aproximado con la grandeza de sus fórmulas y la elevada distincion de su estilo á la perfeccion que nuestra naturaleza puede obtener.

El decorado de la iglesia de San German des Prés y el magnífico friso de la iglesia de San Vicente de Paul serán eternos recuerdos de la gloria de Hipólito Flandrin. En las dos hermosas obras todo es grande á la vez que sencillo, todo es verdadero bajo el punto de vista religioso, y todo está revestido de este gran carácter que la idealización del pensamiento y de la forma dan á la verdad humana. Flandrin no admitia el realismo estrecho y mezquino que se practica hoy; creia en la

noble poesía del arte, y le tenia tanto afecto, que sufría solo de oír discutirla en su presencia. No negaba que un artista pudiese dar prueba de mucho talento pintando, sin elección ni discrecion, todo cuanto la naturaleza ofrece á la vista; pero pensaba que ese tal solo es un hombre de genio que transforma las defectuosidades en bellezas y las discordancias en armonías.

No puede pasarse en silencio el nombre de Horacio Vernet, muerto en 17 de enero del año 1863. Era uno de esos grandes pintores populares que se hizo célebre por su talento natural y fácil. El célebre pintor inglés Landseer decia en una reunion de artistas y aficionados: «Los cuadros de Horacio Vernet aventajan á todos los de sus rivales, porque además de su mérito intrínseco, no proceden sino de él y de la observacion de la naturaleza; en los demás pintores, y en todas sus obras sin excepción, encontraréis siempre una reminiscencia de algun maestro antiguo.»

Tambien merece especial mencion Meissonier, el pintor quizás mas concienzudo de la escuela moderna francesa. Nadie ha sido mas amigo del arte y estudiado con tanto ardor la perfeccion material y la verdad moral. Él no tiene defectos propiamente tales; sus errores no son mas que la consecuencia de un exceso de ambicion de lo perfecto.

Entre los paisajistas y pintores de animales los que mas se distinguen son Corot, François, Rousseau, Courbet, Troyon, Rosa Bonheur, que fue en 1865 condecorada con la Legion de Honor, siendo el decreto firmado por otra mujer, por la emperatriz de los franceses durante su regencia.

Muertos los dos principales escultores franceses, David d'Angers y Pradier, forman la lista de los mas notables en muy diferentes estilos y condiciones los Sres. Rude, Dumont, Duret, Debay, Etex, Bonnasieux, Clesinger, Julio Droz, Lequesne, Gatteau, Claudio Guillaume, el conde de Nieuwerkerke y Perraud.

La caricatura ha desempeñado un papel muy importante en la nacion vecina, donde

parece ser el punto mas á propósito para ese género ligero. Verdaderamente inaugurada por Pigal en 1818, fue continuada por Charlet, Danmier, Granville, y sobre todo popularizada por Gavarni. «Gavarni es la observacion personificada. Todo lo que ha pasado y desfilado á nuestros ojos, dice el escritor francés Sainte-Beuve, por espacio de treinta y cinco años en cuestion de costumbres, trajes, formas de galanteria, figuras elegantes, locuras, placeres, arrepentimientos, todas las máscaras y doble antifaces, los carnavales y su dia siguiente, los teatros y sus bastidores, los amores y sus yerros, todas las malicias de niño grande ó pequeño, las diabluras femeniles y parisienses como se las ha visto y como se las desea, siempre nuevas y frescas y siempre semejantes, todo, en fin, lo ha dicho él, todo lo ha mostrado, y de una manera tan festiva, mordaz, elocuente, que hasta los mismos que no tienen arte ni oficio, que no inspiran mas que la curiosidad del transeunte, solamente por haberse parado á mirar á los vidrios ó el marmol de una mesa de café, algunas de esos miles de imágenes que dejaba él aparecer cada dia, han llevado su fisonomia y retenido para siempre la inteligente y mordaz leyenda.» Gavarni no pertenece al período moderno, en el cual le ha reemplazado el popular caricaturista Cham.

Un artista que la época presente puede enorgullecerse de poseer es el dibujante original, fecundo, inagotable, que se llama Gustavo Doré. Ha compuesto magníficos cuadros sobre las obras de Rabelais, del Dante, de Cervantes, de Lafontaine, las cuales con ellos se han visto adornados con esplendidez nunca vista. Una de las últimas obras que ha adornado es la Sagrada Biblia, donde ha podido desarrollar su vasto talento de un modo sublime. Nada iguala el vigor de su mágico lápiz, tan rápido como atrevido, que en pocos años ha producido obras innumerables, y que todavía parece dispuesto á prestarse á todos los géneros para trazarnos en su verdad la triste figura flaca del caballero andante don Quijote, en todo su horror los sufrimientos de

las víctimas del infierno, y en su hermosura los angelicales rostros de los habitantes del cielo (1). Doré es el gran artista de la época moderna.

La muerte arrebató á dos grandes músicos, Halevy y Meyerbeer. El primero, autor de *La Judía*, de *La Reina de Chipre*, de *Carlos VI* y de tantas óperas cómicas sobresalientes, era un ingenio puramente francés. Reunia á la melodía la gracia que alegraba los ánimos mas apáticos, y distraia á los mas sombríos. Meyerbeer era alemán, mas como quiera que hubiese adoptado por su segunda patria la Francia, hablamos aquí de él como si en realidad perteneciera al dominio de nuestra historia. Nació en Berlin en 1794. Á los diez y ocho años hizo representar en Munich su primer oratorio: *La Hija de Jefté*. Luego compuso *Los dos Califas*, *Emma* y *El Cruzado*, que no consiguieron éxito brillante. Ningun crítico, empero, ha sido mas severo que el autor para sus producciones de la juventud, de las que muchos otros maestros se habrian enorgullecido. Cuando un antiguo director del teatro de los Italianos, que solia padecer como accesos de locura, se obstinaba en querer repetir *El Cruzado*, Meyerbeer hizo cuanto pudo para impedirselo.

Sin embargo, no se ha de juzgar á ese genio por lo que escribió en su juventud, sino tambien por lo que hizo en el segundo período

(1) Cási todas las obras adornadas con magníficas láminas de Gustavo Doré han sido publicadas en español; pero faltaba la principal, la única verdaderamente española que reúne los talentos de dos genios eminentes, Miguel de Cervantes Saavedra y Gustavo Doré, el *DON QUIJOTE*, adornado con láminas de este grande artista. Mas nuestro inteligente y digno editor D. Eusebio Riera, sin reparar en los grandes sacrificios que la adquisicion de las láminas de Doré habia de exigirle, acaba de recibir todas las que dibujó para el *DON QUIJOTE* tan eminente artista; y no tardará en dar á luz una edicion que enaltecerá mas y mas el nombre respetabilísimo de su casa editorial, toda vez que obras como el *DON QUIJOTE ilustrado* (como se dice ahora) por Gustavo Doré, bastan por sí solas para demostrar el buen gusto y el amor que á su profesion tiene el editor que, sin arredrarle las difícilísimas circunstancias que atravesamos, emprende una publicacion tamaño y para la cual se han de hacer desembolsos crecidísimos. Damos, pues, nuestra mas cordial enhorabuena á nuestro editor por la publicacion del *DON QUIJOTE*, la obra española por excelencia, ilustrada por el dibujante mas eminente de los tiempos modernos. Y si, como tenemos entendido, hace el Sr. Riera que esa obra, sin detrimento de las condiciones materiales y de la belleza tipográfica, pueda adquirirse á un precio á que alcancen las mas modestas fortunas, será para entonces doble nuestra satisfaccion, puesto que quisiéramos ver popularizada la gran obra del Manco de Lepanto, ilustrada por el único genio hasta ahora capaz y digno de interpretarla y embellecerla con su inmortal lápiz.

de su carrera. Meyerbeer se immortalizó con la aparición de una obra maestra suya que no ha tenido modelo, y que es probable no tenga imitadores. Después de seis años de absoluto silencio, y cuando se creía que el autor de *Margarita de Anjú* y del *Desterrado de Granada* había renunciado á la escena, Meyerbeer se revela de repente con la frente coronada de inmortal auréola, se presenta con un mundo nuevo; ha encontrado su camino y ha fundado en todas sus partes el nuevo drama musical, marcando al mismo tiempo el límite del género, como diciendo á los que

intentaran seguirle: «No iréis mas adelante.» *Roberto el Diablo*, *Los Hugonotes*, *El Profeta*, *La Estrella del Norte*, *El Perdón de Ploermel* y *La Africana*, son óperas imperecederas que harán recordar siempre las grandes dotes musicales de Meyerbeer.

Después de estos nombres deben mencionarse los de Rossini, Auber, Feliciano David, Gounod, el autor de *Fausto*; Ambrosio Tomás, Víctor Massé, Maillard, etc. Y es de suponer que otros genios sobresalientes harán revivir cada dia mas el delicioso arte de Aoides y Euterpe.



## CAPITULO V.

### GUERRA ENTRE FRANCIA Y PRUSIA.

La revolución española, que arrojó en setiembre de 1868 á la reina Isabel II de su trono, había de producir muy extraordinarios resultados, y, sin duda, el mayor de ellos fue el pretexto que dió para que la tea de la guerra se encendiese entre dos naciones poderosas. Sin embargo, hemos de apresurarnos á decir que aquel pretexto fue cogido por el emperador francés sin discernimiento ni oportunidad. Existía entre los dos países colindantes por el Rhin un odio implacable. Alemania sentía en toda su esencia inextinguible sed de venganza contra los franceses, no desde 1806, como á primera vista podría creerse, sino desde las campañas de Luis XIV, desde el incendio del Palatinado por los franceses, desde Melac y Louvois; una ira intensa de la cual poco había aplacado la gran derrota francesa de Waterloo. Y para que se comprenda bien el odio que animaba á los ale-

manes contra la Francia, es preciso recordar la manera como respondieron los estudiantes de Berlin á los de Estrasburgo cuando la cuestión luxemburguesa amenazó por un momento provocar entre las dos naciones un conflicto armado.

Los estudiantes de Estrasburgo dirigieron una manifestación fraternal y pacífica á los estudiantes de Berlin, y estos respondieron con el siguiente escrito:

«Á los estudiantes de Estrasburgo:

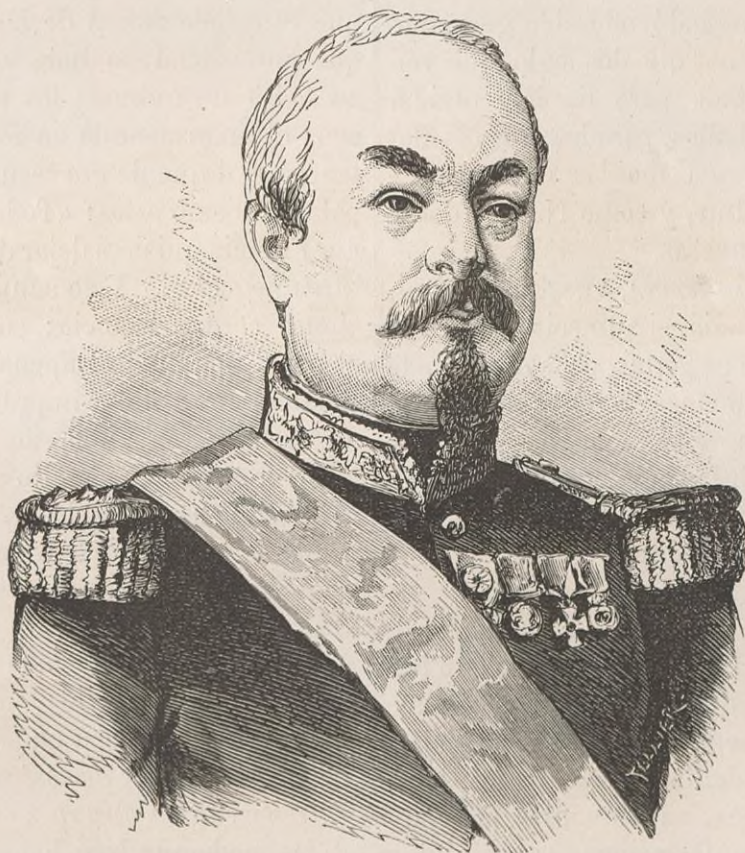
«No puede convenir á la Burschenschaft alemana la predicación de la paz en un momento en que hemos debido acabarla por otras humillaciones de nuestra patria, en un tiempo en que nos han venido de Francia otros oprobios, en que hemos sido amenazados de otras usurpaciones de territorios alemanes.

«No vemos que vuestra manifestación, por

demás vaga, sea oportuna tocante al caso práctico de la cuestión llamada del Luxemburgo. Como para nosotros, como para todo hombre honrado que sepa distinguir lo *tuyo* y lo *mío*, no hay más cuestión que la de ser el gran ducado del Luxemburgo, lo mismo que el Sleswig-Holstein, lo mismo que en otro tiempo la Alsacia, un país alemán, una propiedad imprescriptible de la nación alemana, y los últimos sucesos no pueden haber cambia-

«Respecto del punto de vista en que vosotros, estudiantes de Estrasburgo, os colocais para dirigiros á nosotros, hemos significado ya más arriba que este punto de vista no podíamos aprobarlo; pero es más, hemos de decir que ese punto de vista nos ofende profundamente.

«Vosotros habitantes de Alsacia, nos hablais como franceses, y, sin embargo, llevais la mayor parte apellidos alemanes; sois de raza



EL GENERAL BAZAINE.

do en nada ese buen derecho. Nosotros los alemanes somos un pueblo pacífico y no un pueblo ávido de conquistas. Pero queremos guardar lo que nos pertenece, y guardarnos de los ladrones.

«Miramos como traidor á la patria y á la nación á todo alemán que, por evitar una guerra defensiva que se hiciera para rechazar pretensiones descaradas, fuese de parecer de evacuar un país alemán aconsejando una paz vergonzosa.

alemana; sois los nietos de aquellos *alemanen* que por espacio de un millar de años han mostrado en Alsacia que no formaban el retoño peor de la raza alemana, de aquellos *alemanen* que á través de nuestra historia se educaron en la literatura, en el arte lo mismo que en el poder en íntima comunión con nosotros. Por espacio de mil años Alsacia fué una parte independiente y gloriosa de nuestra nación, un baluarte avanzado del derecho alemán, baluarte elevado contra ese pueblo ve-

cino, esos velchès (1) que no pueden permanecer en reposo.

«Mas ¿qué se hizo aquella Alsacia? Hoy no es mas que una provincia subyugada de la cual se arranca toda vida independiente y libre con la lengua y las costumbres alemanas, dependiente de París, despreciada de los verdaderos franceses que os llaman «esas bestiazas de alsacianos.» Sois súbditos de Francia; mas ¿sois por ventura franceses de nacionalidad? ¿Os habeis trocado de la noche á la mañana en romanos habiendo sido germanos siempre?... Nada mas que dos siglos ¡oh vergüenza! han bastado para haceros olvidar una historia de mil años, para haceros olvidar cómo la Alsacia, y cómo las ciudades de Metz, Toul y Verdun, y como Nancy fueron convertidas en francesas.

«¿Acaso el *Rhin aleman*, vuestra catedral, los cantos de Alemania, si aun sois capaces de comprenderlos, no os gritan cada dia, á cada momento «sois alemanes?» Quereis á toda costa ser franceses, y en mengua y oprobio vuestro cantais ¡oh Francia, patria mia! en vez de nuestra invocacion: «Alemania, Alemania sobre todo.» Nosotros os decimos «Conoceos á vosotros mismos.»

La respuesta de los jóvenes estudiantes de la Universidad de Berlin es un verdadero bosquejo del espíritu que animaba al pueblo aleman contra el francés, espíritu que se dejaba sentir en cuantas controversias se suscitaban entre los dos países, en los cantos populares y en cuantas manifestaciones concernientes hace aquel. Cuando la guerra de Italia, los habitantes de Kehl paseaban por su calle mayor, casi á la vista de los estraburgueses, un cerdo vestido de soldado francés, y lo quemaban bailando en torno de la hoguera y repitiendo sus estribillos populares *vaterland's lieder*.

Así estaban las cosas hasta la guerra de Italia; y despues de la batalla de Sadowa hasta 1870 aun aumentó el coraje de los prusianos contra los franceses, que representaban para ellos el adversario absoluto de la unidad

alemana. El baron de Stoffel dice hablando del espíritu público de Alemania: «Léjos de escitar hoy la Francia simpatías á Prusia, es al contrario objeto de odio para unos, de envidia para otros y de inquietud y desconfianza para todos. Insistiré principalmente sobre este impulso general de inquietud y malestar que nos enajena toda la Prusia, y que es la consecuencia fatal de 1866. El malestar es aquí mas profundo que en Francia: cada cual siente de una manera mas ó menos vaga que el estado actual de las cosas no es mas que provisional; la duda y el temor abundan en todos los ánimos; los negocios languidecen; el marasmo está en todas partes. El sentir general que de eso resulta se traduce con palabras como estas: «Todo esto cambiaria si «la Francia quisiera dejar de meterse en nuestros negocios.» Y se acumulan cien acusaciones contra Francia; se le echan en cara el papel que ha desempeñado durante el armisticio de 1866, impidiendo á la Prusia dictar la paz en Viena, los celos escitados por el buen éxito del ejército prusiano, sus susceptibilidades infundadas, sus pretendidos armamentos, su pretension en meterse en los negocios de los países extranjeros, etc. Esa situacion no tiene nada que deba admirarnos, porque es la consecuencia forzosa de los sucesos y de la rivalidad de los dos pueblos. Mas yo he tomado á empeño precisar el carácter para mejor *demostrar que él traerá infaliblemente la guerra.*»

De modo que bien hemos dicho al principio que de los sucesos de la revolucion española de 1868 nació el pretexto de la guerra franco-prusiana, y solamente el pretexto debe llamarse el incidente que hizo estallar la rivalidad entre las dos naciones. Y como quiera que esa cuestion toca tan de cerca á nuestra nacion, no es de estrañar que insistamos en esta esposicion de las causas de la guerra que vamos á historiar sucintamente.

La Prusia era enemiga de Francia, la Francia era enemiga de Prusia; un incidente habia de encender la guerra entre ambas naciones. El imperio declaró la guerra.

(1) Raza latina.



¿Cometió esa imprudencia con alguna oportunidad? Eso vamos á examinar. Bajo todos conceptos convenia á la Francia no dejarse prender quizá en las redes que pretendia tender á su rival. Cuando Napoleon, desengañado ya al dia siguiente de Sadowa, viendo que Bismark vencedor no mantenía las promesas de la víspera y no le ofrecía una rectificacion de fronteras, habia tenido la tentacion de apelar á las armas respecto del Luxemburgo, que los prusianos guardaban; y puede decirse que ese *casus belli* habria sido indudablemente mejor que el escogido torpemente en 1870. Si la guerra era inevitable, lo que negamos por cuanto cediendo algo los franceses se habria aplacado el odio que inspiraran y seguian inspirando á los prusianos; si era inevitable, decimos, no era á todas luces cuatro años despues de Sadowa cuando convenia hacerla.

Cuando Prusia y Austria atacaban el Sleswig-Holstein aliándose monstruosamente para aplastar una nacion pequeña; cuando se bombardeó á Duppel; cuando aquellas dos naciones empeñaron contra la heroica Dinamarca aquella obra de donde habia de nacer su rivalidad; cuando, por fin, Inglaterra se ofrecia á secundar á Francia, era cuando esta podia de fijo intervenir en el conflicto, causa primera del desequilibrio europeo.

Ó bien cuando la Prusia rechazando á los soldados del Austria y sus aliados, tenia todavía ante sí el sólido ejército de Benedeck; cuando la potencia militar del Austria no estaba todavía absolutamente quebrantada; cuando la voz respetada de la diplomacia francesa apoyada con doscientas mil bayonetas lanzadas á orilla del Rhin, era capaz de impedir la derrota austriaca de Sadowa ó de obligar la Prusia ávida de unificarse á dar satisfaccion á Francia, entonces, tambien entonces, hubiera debido esta intervenir.

Ó bien, cuando á despecho de las promesas secretas y de los tratados públicos Prusia no se detenía á orillas del Mein y se anexionaba las provincias so color de unificarlas, fundaba distintos reinos bajo la plantilla de su orga-

nizacion militar; cuando vacilaba en evacuar el Luxemburgo; cuando parecia querer retener á pocas leguas de Thionville y de Metz aquella formidable plaza de armas, la Francia podia tambien intervenir, porque entonces hubiera tenido de su parte el apoyo moral y acaso material de Europa.

Pero siempre triunfó la diplomacia prusiana de la política indecisa del imperio francés. Siempre Napoleon en el acto de tomar un partido, se quedó vacilando, y mientras dejaba pasar el tiempo, Bismark continuaba su obra con esa constancia incesante, con esa irresistible fuerza germánica, cuya aparente pesadez y flema va mas adelante que los saltos franceses, seguidos á menudo de fuertes caídas. Y no puede decirse que Napoleon ignorase los temores que amagaban á su imperio; además de los avisos del coronel Stoffel, de las cartas del general Ducrot, de las comunicaciones y consejos apremiantes del señor de Beust, tenia conocimiento exacto de las idas y venidas de Moltke á la frontera lorenesa, de los cuadros comparativos de las fuerzas activas de Prusia y de Francia (1).

Suscitóse en esto la cuestion de la candidatura del príncipe Leopoldo de Hohenzollern para el trono de España, y á la interpelacion de un diputado contestó el ministro Gramont: «Verdad es que el general Prim ha ofrecido al príncipe Leopoldo Hohenzollern la corona de España y que este la ha aceptado. Pero el pueblo español no ha dado todavía su fallo, y no conocemos tampoco los detalles ciertos de una negociacion que se nos ha ocultado... Mas no creemos que el respeto de los derechos de un pueblo vecino nos obligue á tolerar que una potencia extranjera, elevando uno de sus príncipes al trono de Carlos Quinto, pueda desbaratar en detrimento nuestro el equilibrio europeo de las fuerzas y poner en peligro los intereses y el honor de la Francia. (*Ruidosos aplausos*).

«Mas tenemos la firme esperanza de que no

(1) Háse encontrado recientemente en las Tullerías un folleto impreso en la imprenta nacional, que demuestra que el emperador francés no ignoraba que el número de sus futuros enemigos era á lo menos de novecientos mil combatientes.

se realizará esta eventualidad. Para impedir-  
la, contamos con la amistad del pueblo ale-  
man y la prudencia del pueblo español. Si así  
no fuese, fuertes con vuestro apoyo, señores,  
y el de la nación, sabríamos llenar nuestro de-  
ber sin vacilación ni debilidad. (*Reiterados  
aplausos: sensación general*).

—«¿Luego queréis la guerra?— exclama  
entonces Cremieux.

«El ministro Ollivier replicó:

mas el Gobierno queria cuando menos guar-  
dar las apariencias. Pero prueban que la guer-  
ra estaba ya decidida por él estos dos despa-  
chos fechados el dia mismo de la declaración  
de Gramont: «El embajador de España al  
ministro de la Guerra en Madrid: Léjos de  
haber atenuado los efectos de la primera im-  
presión, la declaración del Gobierno y la ac-  
titud del Cuerpo legislativo pueden conside-  
rarse como presagio cierto de una guerra con-



ATAQUE DE LOS PRUSIANOS EN VARIZE.

—«El Gobierno desea la paz, la desea con  
pasión, pero con honra... Si algún día cree-  
mos inevitable la guerra no la empeñaremos  
sin antes haber pedido y alcanzado vuestro  
concurso.»

Después de la sesión, el primer ministro  
Ollivier telegrafió á Napoleón dándole cuen-  
ta de lo que en ella había pasado. «En el pri-  
mer momento, decía, el arranque ha traspasado el objeto. Se había dicho que era una  
declaración de guerra.» Éralo en realidad;

tra Prusia, si un príncipe prusiano llegase á  
ser rey de España...—Olózaga.»—«Á S. M.  
el Emperador, Saint-Cloud: Recibid mis felici-  
taciones más ardientes. La Francia entera  
os seguirá. El entusiasmo es unánime.—Per-  
signy.»

Desde el 6 de julio, pues, la guerra estaba  
decidida á todo trance; acaso en su política  
incolora pero ambiciosa Napoleón quería con  
un golpe teatral, ó como á una partida de da-  
dos, arriesgar su poder creyendo que impres-

cindiblemente lo consolidaria como con la guerra de Italia. Sabia que el pueblo estaba poco satisfecho de su Gobierno personal, arbitrario, y pretendia deslumbrarlo y hacerse amar con brillantes triunfos que, acaso en su imaginacion, esperaba seguro: de otro modo, no se concibe la obcecacion de aquel hombre y menos se comprenderia la de sus ministros, quienes, en realidad, no intentaban mas que aferrarse bien al poder que se les escapaba,

norancia y estupidez, en los cuales no solo se intentaba acallar toda observacion prudente, digna, concienzuda, sino que se atacaba hasta el sentido comun, como si de la nacion francesa ó de su parte oficial, sobre todo, se hubiese apoderado un espantoso *delirium tremens*.

Como quiera que al saberse la noticia de dicha candidatura en Francia, se pusiera en actividad la diplomacia de aquella con respecto de Prusia, se aguardaba la respuesta de



COMBATE DE CHATEAUDUN.

aunque para ello debiesen sacrificar la nacion.

El dia 8 del mismo julio, el diputado Leusse telegrafiaba al alcalde de Seltz (Bajo Rhin): «Enviad un hombre inteligente á Rastadt (del Rhin) y telegrafiadme lo que hacen los pontoneros badenses.» Los periódicos ministerialistas sobrepujaban en bélico ardor al Gobierno mismo, y de ellos conserva hoy en la memoria toda Europa artículos que son padrones de ig-

las negociaciones competentes con sobrecita- cion, con afan. El 11 de julio Gramont «ro- gaba á la Cámara que se contentase por de pronto con informes incompletos,» pues se es- taban siguiendo las negociaciones. Mas la im- paciencia no podia contenerse, y el consejero del Emperador, Clemente Duvernois, presen- taba el dia 12 una interpelacion concebida en estos términos: «Pedimos interpelar al Gabi- nete sobre las garantías que ha estipulado para

evitar la repetición de complicaciones incesantes con Prusia.»

Al día siguiente, Gramont leyó al Cuerpo legislativo la comunicación relativa á la retirada de la candidatura del príncipe Hohenzollern. Mas ¿qué hace entonces otro consejero de Napoleón, el diputado barón Gerónimo David? presenta también una interpelación así expresada:

«En vista de la respuesta dada por el señor ministro de Estado, presento la demanda de interpelación siguiente:

«Considerando que las declaraciones firmes, claras, patrióticas del ministerio en la sesión del 6 de julio corriente fueron acogidas con favor por la Cámara y el país;

«Considerando que tales declaraciones del ministerio están en oposición con la lentitud de las negociaciones con Prusia;

«Pido interpelar al ministerio sobre las causas de su conducta en el exterior, que, no solamente causan perturbación en las diversas ramas de la riqueza pública, sino que también peligran de atentar á la dignidad nacional.»

Por mucho que se quiera aducir en contra no podrá probarse que el imperio dejase de anhelar la guerra. Verdad es que toda la nación en su inmensa mayoría se inclinó del partido de la guerra, pero lo cierto es que los bonapartistas fueron los que más contribuyeron á ensanchar el foco y avivar la hoguera. Pablo de Cassagnac dejó escapar el secreto de los bonapartistas cuando escribió estas palabras en el *Pays*: «Para nosotros la guerra es imperiosamente reclamada por los intereses de la Francia y por las necesidades de la dinastía.» Eso dice que la guerra era inevitable, conforme queda indicado. El ministerio esperaba impaciente la respuesta de Prusia deseando una negativa. El 12, sin embargo, Ollivier hacía la famosa declaración renegada al día siguiente por su colega Gramont, que la calificaba de *proposición de pasadizo*. «Jamas hemos pedido otra cosa que la renuncia del príncipe de Hohenzollern, decía Ollivier; nunca hemos pedido más que eso, y nuestras

comunicaciones á Prusia no se han referido nunca al tratado de Praga. Ya no hay, pues, candidatura del príncipe de Hohenzollern; nosotros no la queríamos: luego ha terminado el incidente.»

Como decíamos, el duque de Gramont leía el día 13 la siguiente comunicación á la Cámara: «El embajador de España nos ha anunciado oficialmente la renuncia del príncipe Leopoldo de Hohenzollern á la candidatura del trono de España. (*Sensación*). Las negociaciones que seguimos con Prusia y que nunca han tenido otro objeto, no están todavía terminadas. Nos es, pues, imposible hablar de ellas y someter hoy á la Cámara y al país una esposición general del «negocio.»

De todos modos se creyó en la paz. El imperio acababa de conseguir un señalado triunfo diplomático: á la mera indicación de Francia, Prusia había cedido aconsejando al príncipe Leopoldo que desistiera, y podía realmente verse en todo ello una prueba de la influencia francesa. Pero tal vez Bismark esperaba una provocación mayor por parte de Francia, y era de esperar dada la exaltación que había despertado el Gobierno mismo entre la población francesa. En efecto, esta se quiso mostrar resentida, y puesto que se había cedido tan fácilmente, por *temor*, sin duda, de la fuerza francesa, se dió por ofendida de que fuese el príncipe Antonio (su padre) y no Leopoldo de Hohenzollern ó Bismark quien diese la respuesta al Gobierno francés. «Aquel drama, que comenzó siendo tragedia y acababa como una comedia, *no satisfizo á nadie*.» Y entonces se le antojó al Gobierno, exaltado como el gran partido de la guerra, ó ya de la *completa reparación del honor nacional*, pedir lo que llamaba *garantías*. Consistían estas en que la Prusia se comprometiese formalmente á impedir que reinase en España cualquier príncipe alemán. «Meterle más miedo á Bismark, pensarían los que tal antojo tuvieron. Á ver si se atreve á tosernos otra vez. ¡Vaya, vaya!...» ¡Qué torpeza, qué falta de táctica y qué despropósito! ¿Á qué venía tal alarde? ¿No había cedido dignamente la Prusia?

¿Pues qué mas se queria? ¿hacerla pasar por una humillacion absurda? Lo que se queria, si nó era la guerra, era sobreponerse á la poderosa nacion que acababa de vencer con asombrosa rapidez la poderosa nacion austriaca, y eso era inadmisibile aun para potencias mas inferiores.

Benedetti fue el encargado de exigir al rey Guillermo una promesa, un empeño semejante. Ya el 7 de julio telegrafíara Gramont á Benedetti que pasara á Ems, donde se hallaba el rey de Prusia. Este, que se trasladara allí con ánimo de descansar durante el rigor del verano, contestó á Benedetti que ya habia *desaconsejado, y mucho antes de que la Francia lo supiera*, al príncipe Leopoldo de Hohenzollern que dejase de aceptar la candidatura del trono de España; que para esa grave cuestion no se le habia consultado con antelacion, y que, en todo caso, no era él jefe de la casa de Hohenzollern, y que lo que únicamente podia hacer era dar un consejo. Por esto habia respondido el príncipe Antonio, de quien los chanceros de la prensa francesa se habian reido á sabor, como avezados á reirse hasta de las cosas mas solemnes y trascendentales. Guillermo, lo mismo que la Alemania, no esperarían sin duda la guerra que les amagaba. En todo caso quien la esperaria seria Bismark que, conociendo muy bien el carácter de los franceses, comprendia que no podrian menos de extralimitarse de una manera por demás imprudente. Si esto lograba, tenia la guerra con Francia, reprobada esta por toda la Europa y desamparada en medio de su aislamiento de la fuerza material y de la opinion de las potencias. Mas ahí estaba Benedetti para espetar la quijotada necesaria para encender la guerra. Con una infatuacion que no podria comprenderse espuso las *garantias* que Francia exigia y habló de que la Francia estaba resuelta á impedir otra fundacion del imperio de Carlos Quinto.

Grande fue la sorpresa en Alemania. Sin embargo, aun se esperaba terminar en bien aquel accidente. La *Correspondencia de Berlin*, órgano ministerial, «esperaba, decia, que

Bismark arreglaria el negocio.» Y efectivamente, los círculos bien informados miraban en Alemania terminada la cosa desde el momento en que se vió la renuncia de dicha candidatura. Los despachos oficiales no permiten dudas en esta cuestion. Un agente francés telegrafíaba en 13 de julio á París: «Rey permanece en Ems. Diplomáticos alemanes dicen este negocio ser para Prusia otro Olmutz. Todo terminado; Bismark vuelve á Varzin despues de enviar Eulenburg á Ems. Gorschakoff marcha á Petersburgo. Bolsa sube.» La *Gaceta de la Cruz* decia que «ahora la sola cuestion estriba en saber si Francia quiere la guerra.» Pues claro que la queria. «Esta guerra, repetia la Emperatriz, *es mi guerra, la necesito.*» Y á Ollivier se le atribuye que gritaba respecto del ejército prusiano: «*Lo exterminaremos. (Nous soufflerons dessus).*» Cada dia se agrupaban numerosas partidas de hombres, y como amotinadas recorrian las calles y plazas, los muelles y boulevares gritando á voz en cuello y á banderas desplegadas ¡Viva la guerra! ¡á Berlin, á Berlin! y estos gritos se reproducian mas escandalosos bajo las ventanas de la embajada prusiana. Ese espectáculo diario era á la vez irritante y deplorable.

Mientras tanto el Sr. Benedetti seguia con torpe insistencia reclamando, *exigiendo garantías* al rey de Prusia. En tanto que este se paseaba por una avenida tomando el fresco, el Sr. Benedetti se fué á él como un cohete para tratar del negocio. El Rey tuvo la complacencia de escuchar sus baladronadas revestidas con ciertas formas poco tupidas. Enseguida se fué el Rey á comer y el Sr. Benedetti, que no se cansaria de tratar á todas horas del negocio, se hizo anunciar para hablar al Rey. Esto era esponerse á que le cerrasen la puerta. Sin embargo, Guillermo tuvo la amabilidad de contestar al agente francés por boca de un oficial á su servicio que «con mucho gusto recibiria al Sr. Benedetti para hacerle personalmente una visita, mas no al señor Benedetti para ir á tratar en nombre del soberano de las Tullerías de negocios á se-

mejante hora.» Benedetti se retiró y expidió en seguida este despacho á su ministro:

«El Rey ha recibido la respuesta del príncipe de Hohenzollern, es del príncipe Antonio, y anuncia á S. M. que su hijo el príncipe Leopoldo ha desistido de su candidatura á la corona de España. El Rey me autoriza para manifestar al Gobierno del Emperador que aprobaba esta resolución.

«El Rey ha encargado á un ayudante suyo que me diera esa comunicacion de la cual reproduzco exactamente los términos. No habiendo hecho anunciar S. M. nada respecto de la promesa que reclamamos para lo venidero, solicito otra audiencia para someterle de nuevo y desarrollar las observaciones que le he presentado esta mañana.

«Al pedirle otra audiencia, el Rey me ha hecho responder que no puede emprender de nuevo conmigo la discusion relativa á las seguridades que á nuestro parecer debian dársenos para lo futuro. S. M. ha mandado que me declarasen que en este punto se referia á las consideraciones que me habia expuesto por la mañana, y cuya sustancia os he dado á conocer en mi último telégrama.»

Emilio Ollivier debia hacer conocer al Cuerpo legislativo la consecuencia ó continuacion de tal incidente.

«Creo de mi deber, dijo en la sesion del dia 15 de julio, transmitir la copia casi textual del despacho telegráfico mandado por el conde de Bismark. Dice así: —«Despues de comunicar oficialmente al Gobierno francés y al Gobierno español la renuncia del príncipe de Hohenzollern, el embajador ha pedido á Su Majestad el Rey, en Ems, que le autorizara para telegrafiar á Paris que S. M. se comprometia á negar en todo tiempo su consentimiento si el príncipe de Hohenzollern volvía á tomar aquella determinacion. S. M. se ha negado á recibir otra vez al embajador mandándole decir por un ayudante que no habia de hacerle ulterior comunicacion. (*Sensacion*).

«Esta noticia de la negativa de recibir á nuestro embajador no ha sido revelada al oido de los ministros; se la ha difundido por toda

Alemania; los periódicos oficiosos la han reproducido en suplementos, y en ciertos parajes estos periódicos han sido fijados en las esquinas y paredes. Los ministros prusianos la han anunciado por todas partes á sus colegas; hoy es el objeto de conversacion de toda Europa. Al propio tiempo el baron de Werther era despedido. En la noche del 13 al 14 las medidas militares comenzaban en Prusia.»

Recargado está el cuadro; pero á Emilio Ollivier no le parecería indispensable la exactitud... ¡Cómo se juega con la vida de los pueblos! Prusia esperaba tan poco la insistencia que ponía el Gobierno francés en hacer de semejante incidente un caso de guerra, que se consideraba como sorprendida por Francia del mismo modo que á su vez sorprendiera ella al Austria en 1866. Stoffel, agregado militar francés de la embajada de Francia en Berlin, escribia que los berlineses temian ver un ejército francés dispuesto á trasponer el Rhin. «Aquí reina el desorden en los ánimos,» decia otra vez aquel. Pero Ollivier no hablaba lo cierto afirmando que en la noche del 13 al 14 de julio comenzaron en Prusia las medidas militares. La orden de movilizacion no llegaba hasta el 15 por la mañana; en cambio se estendia á toda la Alemania, y vista la urgencia, el período de movilizacion era para cada cuerpo de ejército reducido á once dias comprendido el 15 de julio.

«Dentro veinte dias, añadia Stoffel, la Prusia tendrá en diversos puntos de nuestras fronteras varios ejércitos de ciento á ciento veinte mil hombres.»

La guerra no estaba, empero, declarada; fué el 15 de julio en el Senado francés por Gramont, y en el Cuerpo legislativo por Ollivier. Traslademos aquí, puesto que en verdad lo merece la cosa, la parte de sesion del dia 15 de julio de 1870, en que el primer Ministro de Napoleon III, con una jactancia impropcedente, comunicó al Cuerpo legislativo tan fatal noticia para la Francia.

*Emilio Ollivier.* Hoy comienza para los ministros mis colegas y para mí una gran responsabilidad. (*Si, sí, en la izquierda*). Pero

la aceptamos con el corazon aligerado... (*Vivas protestas en la izquierda*).

*Baudain.* ¡Decid entristecido!

*Esquirós.* ¡Teneis el corazon aligerado y va á derramarse la sangre!

*Ollivier.* Sí, con el corazon aligerado, y no hagais equívocos con esta palabra, y no creais que intento decir con alegría; ya os he manifestado mi pesar de verme condenado á la guerra. Quiero decir con un corazon que el remordimiento no ha apesarado, con un co-

intento en vano detener la mayoría impelida á la guerra por el ministerio. Repitamos sus propias palabras extractando la parte de sesion, sesion solemne, en que fueron pronunciadas. Tratábase de votar la declaracion de guerra.

*Thiers.* Si ha habido un dia, una hora en que sin exageracion pueda decirse que la historia nos mira, es esta hora y este dia, y me parece que todos debiéramos pensar en ello seriamente.



EN ESTRASBURGO LOS FRANCESES SE DEFENDIERON CON BRAVURA.

razon confiado, porque la guerra que va á empeñarse la sufrimos...

*Em. Arago.* ¡La haceis!

La declaracion de guerra fue recibida en el Senado con aplausos que fueron como el toque funeral del imperio. Pero cuando menos, en el Cuerpo legislativo se alzó una voz potente, autorizada, á protestar con toda su energia del imprudente paso que daba la Francia. Thiers, que no ignoraba las fuerzas de Alemania ni la imprevisión de Francia,

Cuando se haya declarado la guerra no habrá persona que tenga mejor celo ni mas prisa que yo en dar al Gobierno los medios que necesite para que salga victorioso. (*¡Muy bien, muy bien! en la izquierda*).

Luego lo que aquí hacemos no es asalto de patriotismo.

Sostengo que mi patriotismo es, no diré superior, pero sí igual al de todos los que están aquí. (*Aprobacion en la izquierda*).

¿De qué se trata? ¿De dar ó negar al Go-

bierno los medios que pide? No, protesto contra ese pensamiento.

¿De qué se trata? De una declaración de guerra hecha en esta tribuna por el ministerio, y me expreso constitucionalmente, ya se comprende. ¡Ahora bien! ¿Toca al ministerio, á él solo, declarar la guerra? ¿No debemos nosotros también tener la palabra? Y antes de tomarla ¿no necesitamos un instante de reflexión?... (*Interrupcion en la derecha*).

*Julio Favre.* Antes de poner en conflagración la Europa no se reflexiona; bien lo hemos visto. (*Exclamaciones*).

*Thiers.* Os he dicho que la historia nos miraba, y añado que también la Francia y el mundo nos miran. No puede exagerarse la gravedad de las circunstancias; sabed que de la decisión que emitais puede resultar la muerte de millares de hombres. (*Exclamaciones en el centro y en la derecha. ¡Muy bien! en la izquierda. El ruido sofoca la voz del orador*).

*Granier de Casagnac.* Bien lo sabemos; allí están nuestros hijos. (*Agitación diversa*).

*De Tillancourt.* No interrumpais; ya respondereis.

*Thiers.* Y si os pido un instante de reflexión es porque en este momento asalta mi ánimo un recuerdo... Antes de tomar una resolución tan grave, una resolución de que dependerá, lo repito, la suerte del país y de la Europa, señores, recordad el 6 de mayo del año 1866. Me negásteis la palabra entonces que os señalaba los peligros que se preparaban. (*Aprobación en la izquierda. Exclamaciones en la derecha*).

Cuando os señalaba lo que se estaba preparando, me escuchásteis un día, pero al siguiente, en el momento decisivo os negásteis á escucharme. Paréceme que este solo recuerdo debería deteneros un instante é inspiraros el deseo de escucharme un minuto sin interrumpirme. (*¡Muy bien, hablad! en la izquierda*).

Dejad que os diga una cosa. Vais á exclamar; pero estoy firme y decidido á escuchar

vuestros murmullos, y si conviene los arrostraré. (*¡Sí, muy bien! en la izquierda*).

Sois lo que erais en 1866.

*En la izquierda.* ¡Sí, sí, eso es!

*Thiers.* Pues bien, entonces no me escuchásteis, y recordad lo que ha costado á la Francia... (*Rumores en el centro y en la derecha*).

*El marqués de Piré.* Procurad no ser vos como erais en 1848.

*El conde la Tour.* En 1866 vos pedíais únicamente la neutralidad, Sr. Thiers; no pedíais otra cosa.

*Thiers.* Eso es inexacto... Pero hoy la demanda principal que se dirigia á la Prusia, la que debia ser la principal y que el Ministro nos ha asegurado ser la única, esta demanda, digo, ha recibido una respuesta favorable. (*Negativas en gran número de bancos*). No me cansareis.

*En la izquierda.* ¡Muy bien, muy bien!

*Thiers.* Tengo la conciencia de que aquí represento...

*Horacio de Choiseul.* ¡La independencia!

*Thiers.* No los arrebatos del país, sino sus intereses reflexionados.

*Varias voces.* Os escuchamos.

*El conde de Keratry.* Pido la palabra.

*Thiers.* Tengo la certeza, la conciencia íntima de que cumplo un deber difícil; el de resistir á pasiones, patrióticas si se quiere, pero imprudentes. (*¡Vaya! en la derecha. ¡Sí, sí, muy bien, muy bien! en la izquierda*). Estad convencidos de que cuando se ha vivido cuarenta años... (*Interrupciones*) en medio de las agitaciones y vicisitudes políticas, y se cumple un deber, y se tiene la seguridad de cumplirlo, nada puede imponeros ni aun con ultrajes.

*El Presidente.* He pedido hace poco á la mayoría calma y silencio á la vez, de modo que se oiga. Pido con instancia á ese lado (*la izquierda*) que no se interrumpa al orador.

*En la izquierda.* Se aplaude, no se interrumpe.

*Eugenio Pelletan.* No interrumpimos, señor presidente; protestamos contra las interrupciones de la mayoría.



*El Presidente.* Vuestros aplausos impiden que se oiga al orador.

*Glais Bizoin.* Respondemos á los murmullos é interrupciones de allí bajo.

*El Presidente.* Pido otra vez el mayor silencio para que nuestra discusion guarde la dignidad debida. (*¡Bien, muy bien!*)

*Thiers.* Me parece que aunque sobre tan grave asunto hubiese un solo hombre, el último de la nacion, que tuviese una duda, debiérais escucharlo, sí, aunque no hubiese sino uno; mas no soy solo.

*En la izquierda.* ¡No, no, estamos con vos!

*En la derecha.* ¿Cuántos?

*Horacio de Choiseul.* Si las elecciones hubiesen sido libres, seríamos mas numerosos. (*Reclamaciones*).

*El marqués de Piré.* Recordad, pues, señor Thiers, la nobleza enérgica con que ajásteis las defecciones legislativas de 1815 y no las imiteis.

*El Presidente.* Señor de Piré, servíos no interrumpir.

*Thiers.* Aunque fuese yo solo... (*Interrupcion*). Aunque fuese solo, por la gravedad del asunto tendriais que escucharme. (*¡Hablad, hablad!*)

*Cosserat.* No oimos. Tenga el orador la bondad de subir á la tribuna. (*Si, si*).

*Thiers.* Pues bien, señores, ¿és verdad, si ó no, que en el fondo, es decir, sobre la candidatura del príncipe de Hohenzollern, ha sido atendida vuestra reclamacion y que se le ha hecho justicia? ¿Es verdad que rompeis por una cuestion de susceptibilidad, muy honrosa, lo concedo, pero al fin cuestion de susceptibilidad?

Pues bien, señores, ¿queréis que se diga, queréis que la Europa toda diga que el fondo estaba concedido, y que por una cuestion de forma os habeis decidido á derramar torrentes de sangre? (*Estrepitosas reclamaciones en el centro y la derecha. Aprobacion en la izquierda*).

*El marqués de Piré.* Es todo lo contrario.

*Thiers.* Tomad la responsabilidad de lo que afirmáis.

*El marqués de Piré.* Sí, la tomo.

*Glais Bizoin.* No, no.

*El Presidente.* Señor de Piré, basta le ruego: no interrumpa V. con esta animacion. (*¡Muy bien!*)

*Thiers.* Aquí, señores, cada uno de nosotros debe tomar la responsabilidad que crea poder arrostrar.

*En la derecha.* ¡Si, si, toda entera!

*Thiers.* En cuanto á mi, celoso de la memoria que deje...

*Birotteau.* Tambien nosotros.

*Thiers.* No quisiera que se dijese... (*Interrupciones*) que he tomado la responsabilidad de una guerra fundada en tales motivos...

El fondo estaba concedido; y por un detalle de forma rompeis. (*¡No, no, si, si!*)

Ya me responderéis.

Pido, pues, á la faz de la nacion que se nos dé conocimiento de los despachos, en virtud de los cuales se ha tomado la resolucion que acaba de anunciársenos; porque conviene que no nos disimulemos que se trata de una declaracion de guerra. (*Si en verdad. Prolongada agitacion*).

*Granier de Cassagnac.* Ya lo creo.

*Thiers.* Señores, conozco de qué son capaces los hombres subyugados por vivas emociones. Por mí, si hubiese tenido el honor de dirigir en esta circunstancia los destinos de mi nacion... (*Otra interrupcion*). Bien sabeis por mi presencia en estos bancos que no es un pesar lo que ahora manifiesto; pero repito que si me hubiese visto colocado en esta circunstancia, dolorosa pero grande, habria querido dar algunos momentos á mi país para que reflexionara antes de tomar por sí una resolucion tan grave.

*Birotteau.* Cuando uno es insultado, no necesita reflexionar.

*Thiers.* Respecto de mí, permitidme decirlo en dos palabras, para explicaros mi actitud y mi lenguaje; dejadme decir que miro esta guerra como soberanamente imprudente. Esta declaracion os ofende, pero tengo el derecho de tener una opinion en cuestion semejante. Amo á mi país; yo he sido afectado mas do-

lorosamente que nadie de los sucesos de 1866, mas que nadie deseo una reparacion; pero en mi profunda conviccion, y si me atrevo á decirlo, en mi experiencia, la ocasion es mal escogida. (*Interrupcion*).

*Algunas voces en la izquierda.* ¡Muy bien!

*Thiers.* Sin duda ninguna, Prusia ha incurrido gravemente en una falta, muy gravemente. Desde mucho tiempo, en efecto, nos decia que no se ocupaba sino de los negocios de Alemania, del destino de la patria alemana, y de pronto la hemos encontrado en los

*Thiers.* Vosotros habeis expresado vuestra opinion, dejadme manifestar la mia en algunas palabras. Esa urgencia de la que con tanta premura quereis usar es vuestra ya, está votada, vais á gozar de ella; vais á tener la facultad de entregaros al ardor de vuestros sentimientos; dejadme decir los mios por dolorosos que sean; y si no comprendéis que en este momento cumplo con un deber el mas penoso de mi vida, os compadezco. (*¡Muy bien, muy bien! en la izquierda. Reclamaciones en el centro y en la derecha*).



LEON GAMBETTA.

Pirineos preparando una candidatura que la Francia debia ó podia mirar como una ofensa á su dignidad y una empresa contra sus intereses. (*¡Muy bien, muy bien! en el centro y en la derecha*).

Os habeis dirigido á la Europa, y Europa con una prisa que le hace honor, ha querido que se nos diese satisfaccion sobre el punto esencial, y sobre ese punto habeis, en efecto, recibido la satisfaccion: la candidatura del príncipe de Hohenzollern ha sido retirada. (*En el centro y la derecha: no, no es así. En la izquierda. ¡Hablad, hablad!*).

Sí, en cuanto á mí, estoy tranquilo por la memoria mia; estoy seguro de lo que le está reservada por el acto á que me entrego en este momento; pero para vosotros estoy seguro que vendrán dias en que sentireis vuestra precipitacion. (*¡Vaya, vaya! en la derecha. ¡Muy bien, muy bien! en la izquierda*).

*Thiers.* ¡Pues bien! en cuanto á mí...

*El marqués de Piré (con violencia).* Sois la trompeta antipatriótica del desastre. (*No interrumpais*). ¡Idos á Coblenza! (*Varios diputados que rodean al marqués de Piré le hacen sentar*).

LA LINGÜÍSTICA POR ESPAÑA.

PRIMERA PARTE

... de las lenguas que se hablan en España, y de su historia y desarrollo. Este estudio se divide en tres partes: la primera trata de las lenguas que se hablan en España, la segunda de su historia y desarrollo, y la tercera de su estado actual.

En la primera parte se estudia el latín, que fue la lengua dominante en España durante siglos. Se analiza su evolución y cómo dio origen a las lenguas románicas que se hablan hoy en día. También se menciona el griego y el hebreo, que influyeron en el vocabulario y la gramática de las lenguas españolas.

La segunda parte trata de la historia de las lenguas españolas. Se describe cómo se formaron el castellano, el catalán y el gallego a partir de las lenguas románicas. Se menciona también el influjo de las lenguas celtas y prerromanas en algunas zonas de España.

La tercera parte describe el estado actual de las lenguas españolas. Se habla de la influencia de la imprenta y de los libros de gramática en la estandarización de las lenguas. Se menciona también el papel de la Academia de la Lengua en la regulación del idioma.

En conclusión, se afirma que el estudio de la lingüística en España es un campo muy rico y diverso, que merece ser estudiado con detenimiento.

... de las lenguas que se hablan en España, y de su historia y desarrollo. Este estudio se divide en tres partes: la primera trata de las lenguas que se hablan en España, la segunda de su historia y desarrollo, y la tercera de su estado actual.

En la primera parte se estudia el latín, que fue la lengua dominante en España durante siglos. Se analiza su evolución y cómo dio origen a las lenguas románicas que se hablan hoy en día. También se menciona el griego y el hebreo, que influyeron en el vocabulario y la gramática de las lenguas españolas.

La segunda parte trata de la historia de las lenguas españolas. Se describe cómo se formaron el castellano, el catalán y el gallego a partir de las lenguas románicas. Se menciona también el influjo de las lenguas celtas y prerromanas en algunas zonas de España.

La tercera parte describe el estado actual de las lenguas españolas. Se habla de la influencia de la imprenta y de los libros de gramática en la estandarización de las lenguas. Se menciona también el papel de la Academia de la Lengua en la regulación del idioma.

En conclusión, se afirma que el estudio de la lingüística en España es un campo muy rico y diverso, que merece ser estudiado con detenimiento.

# LA VUELTA POR ESPAÑA.

*Viaje histórico, geográfico, recreativo y pintoresco. Historia popular de España en su parte geográfica, civil y política, puesta al alcance de todas las fortunas y de todas las inteligencias. Viaje recreativo y pintoresco, abrazando: las tradiciones, leyendas, monumentos, propiedades especiales de cada localidad, establecimientos balnearios, produccion, estadísticas, armas y retratos. Obra ilustrada con grabados intercalados en el texto representando los monumentos, edificios, etc. Escrita en virtud de los datos adquiridos en las mismas localidades por una sociedad de literatos.*

## TERCER PROSPECTO.

Nuestro viaje está recorriendo su tercera etapa.

Después de haber visitado siete provincias, hemos llegado á la de Barcelona, y nuestro trabajo encuentra en esta localidad un campo mas vasto en que poder desarrollarse.

Historia, artes, ciencias, industria, comercio, todo parece haberse reunido en Barcelona para dar mas importancia á esta region de España, que si grandes recuerdos encierra en su pasado, no menos preclaros timbres ha llegado á obtener en los presentes.

Ardua fue la tarea que nos impusimos al dar cominzo á nuestra publicacion, graves dificultades nos salen á cada momento al paso, dificultades que hemos conseguido ir venciendo, habiendo llenado nuestro cometido, si no con la perfeccion que hubiésemos deseado, al menos hasta donde nuestra humilde inteligencia ha podido alcanzar.

Barcelona, como ya hemos dicho, nos ofrece un campo mas dilatado; las dos épocas que nos presenta, la pasada y la presente; el trabajo de la inteligencia y el trabajo de la política; los hombres que dieron importancia por medio de las armas, de los tratados y de las conquistas á la antigua corona de Aragon, y los hombres que á fuerza de perseverancia, de laboriosidad y de energía han sabido nivelar su industria con las mas importantes del extranjero, concurrendo con su óbolo á la ereccion de ese gran monumento que la civilizacion moderna está construyendo, ofrecen mucho á los ojos del viajero y mucho tambien á la pluma del historiador.

El pasado y el presente de Barcelona serán visitados por nosotros con la misma escrupulosidad que lo han sido las anteriores provincias. La misma marcha que en estas hemos seguido, la continuaremos en la que hoy damos comienzo, y tan ameno como ha sido el viaje por aquellas, tan recreativo procuraremos que sea en esta.

Sus monumentos, sus recuerdos, sus tradiciones, han de darnos esfera amplia para desarrollar esos cuadros de entretenimiento y solaz; y su industria, ese poderoso elemento de riqueza creado y sostenido por la constancia y el esfuerzo de los hijos de Cataluña, será tratado por nosotros con la delicadeza y el esmero que tanto merece.

Enemigos de elogiar nuestros trabajos, preferimos demostrar á prometer, y como precisamente hay ya publicados dos tomos en los que se hallan condensadas nuestras observaciones por siete distintas provincias, á ellos solamente dejamos el elogio ó la censura, respecto á la realizacion de nuestras primeras ofertas.

En ellos, que contienen el primero, las provincias de Guadalajara, Cuenca, Soria y Zaragoza; y el segundo, las de Huesca, Lérida, Gerona y la república de Andorra, puede verse, no solamente el trabajo de los viajeros y el estudio hecho en aquellas localidades, si que tambien la parte material de la publicacion que ni por el papel empleado en ella, ni por la cantidad de lectura, ni por la multitud de grabados que la ilustran, guarda proporcion con lo exiguo de su precio.

Y ya que de los grabados hablamos, debemos llamar respecto á ellos la atencion de nuestros lectores, tanto porque en su mayor parte están tomados del natural, cuanto porque existen muchos tambien que no se han visto en ninguna de las obras que se han publicado referentes á esta provincia.

Encomendadas á los mejores artistas, obran ya en nuestro poder la mayor parte, entre los que debemos hacer especial mencion de los de las torres y absides de la Catedral y Santa Maria del Mar, varios interiores de la Catedral, vistas de distintos puntos, máquinas industriales y otros que fuera prolijo enumerar.

## BASES DE LA PUBLICACION.

Esta obra se publica por entregas de 8 páginas en 4.º mayor, de excelente papel y elegantes caracteres, con grabados intercalados en el texto. El precio de cada entrega es el de *medio real en toda España*, repartiéndose cuatro semanales.—Atendido á que ha terminado la publicacion de los dos primeros tomos, los señores que deseen adquirir la obra pueden hacerlo bien de una vez, bien por cuadernos semanales, recibiendo uno ó mas, segun su voluntad, siéndoles servido con la puntualidad que tiene acreditada esta casa editorial, admitiéndose tambien suscripciones á tomos determinados, de los publicados ya.